



Final feliz

*El hombre que no ha amado apasionadamente
ignora la mitad más hermosa de la vida*
Stendhal

Sucedió un día inesperado. Las cosas suceden así, al menos las historias importantes de nuestra vida, que escogen un día al azar y a cobrar vida, pero sin más ni más... Ese día, como casi todos los días de mi innoble existencia —hasta entonces—, salí de casa a toda prisa. Salí y volví a entrar varias veces porque eso es lo que suele ocurrir cuando uno lleva prisa. Primero se me olvidaban las llaves de la moto, luego el casco y, por último, el dinero para la gasolina. Pero bueno, vamos al caso, y el caso es dejar claro que salía a toda prisa, aunque quizás lo primero que debiera haber dicho es que estaba perdidamente enamorado de una vecina mía del bloque, o incluso, todavía antes decir, que vivía solo. En fin, empecemos las cosas por el principio que es por donde es costumbre empezarlas, aunque yo, esto del orden, lo llevo bastante mal.

Pues eso, vivía solo y estaba enamorado hasta el tuétano de una vecina mía que también vivía sola, y ahora es cuando viene que salía con prisa porque llegaba tarde al trabajo. Y también es importante saber que aquella mañana, mientras yo estuviera trabajando, mi amigo Juanchu iba a venir a casa a colgarme unas lámparas, pues mi iluminación consistía en una birria de velas, ya que, gracias a una chapuza de este mismo amigo, estaba sin fluido eléctrico. Había concertado con él, como otras tantas veces, dejarle las llaves del piso en el buzón para que pudiese entrar. Bajé las escaleras a trompicones pensando en la bronca que me iba a echar mi compañero Fabián por llegar tarde al trabajo una vez más, pareciera que la empresa fuera suya, ¡chupatintas lameculos! Llegué al rellano del portal, donde están los buzones, y aquí debo confesar que tengo una manía, una manía de

enamorado cual es echarle un vistazo al buzón de mi adorable vecina —puede que no sea muy correcto pero el amor me exculpa, eso quiero pensar—, pero ese día, por culpa de las prisas, apenas podía entretenerme, así que se me confundieron las ideas y mi cerebro hizo un trueque de las dos cosas que debía hacer: no espíe el buzón de mi vecina ni metí las llaves en el mío, no, lo que hice fue echar un vistazo a mi buzón inmediatamente después de haber metido las llaves en el de mi vecina. Sí, todo al revés, ¡qué craso error...! Imagínense qué cara se me quedó cuando descubrí que me estaba espiando a mí mismo y que había echado las llaves en el buzón de mi platónico amor; sólo de pensar donde estaban las llaves me daban escalofríos, quería morirme. Traté de no perder la calma pero la perdí, y a partir de ahí todo fue un caos. Primero intenté abrir el buzón de mi vecina forzando la cerradura con la llave de la puesta en marcha de la moto, pero no pude. Luego metí la mano por la hendidura a ver si lograba alcanzar las llaves, y claro está que no lo conseguí, sin embargo reconozco que me provocó cierto morbo meter la mano en aquella estrecha rendija, rozar aquel metal que no sé de qué aleación estaba hecho, pero que había estado en contacto con su piel, lo que me provocaba cierta excitación. Así andaba, la mano de un lado al otro del buzón como la de un zombi, mientras mi cabeza andaba por otros derroteros bien distintos saboreando las mieles que el duro metal promovía en mi imaginación.

Bueno, la cuestión es que no alcanzaba las dichas llaves y no sabía qué hacer, mientras el pesado de Fabián no se me iba de la cabeza. Ya lo estaba viendo con su cara de culo marcando con rotulador rojo el día de hoy en el calendario, para el día menos pensado darme con él en los morros. El muy cabrón me lleva la estadística de los días que llego tarde, en verde si me paso menos de quince minutos y en rojo de quince en adelante. Hoy tocaba de rojo vivo y amenaza con

chivarse al jefe. ¡Gilipollas! Con tanta presión no tuve más remedio que vencer mi timidez y galopar escaleras arriba a casa de mi vecina mientras intentaba buscar una excusa que no me ridiculizase demasiado. Yo, locamente enamorado de ella, y ella que parecía escurrir su mirada al cruzarse conmigo, agachaba la cabeza y sin apenas abrir su boca decía un adiós que más había que suponer que escuchar. Sí, me daba la sensación de que no le caía nada bien, y ahora, con esta faena, qué pensaría... Por más que buscaba una explicación coherente que dar no encontraba ninguna, así que le pediría perdón un millón de veces y le diría que tenía tanta prisa que no podía explicarle lo sucedido, que ya se lo contaría en otro momento. Luego, simplemente con mudarme de piso al extremo opuesto de la ciudad, asunto arreglado. Qué triste final para un amor que casi ni había comenzado, pero la vida es así de cruel. Llamé al timbre con urgencia mientras la cara me ardía de vergüenza, pero no abría. Insistí pero siguió sin abrir. No debía estar en casa y eso me aliviaba, suponía una inyección de tranquilidad ya que podía posponer el mal trago y así tenía tiempo para inventarme una buena coartada. El repentino aflojamiento de tensión llevó a mi cerebro a idear una solución estupenda. Corrí hasta la cafetería de la esquina, le pedí a Pepe que me prestase un tenedor y vuelta a toda leche al dichoso buzón con mi tenedor salvador. Metí el tenedor por la famosa rendija e intenté pescar las llaves por la arandela, pero no pescaba nada de nada y lo que es peor, en un desesperado intento, el tenedor un tanto grasiento, ¡hala!, se fue buzón adentro. ¡Vaya mierda! Y de nuevo a esprintar hacia la cafetería en busca de otro tenedor. «Pepe, corre, déjame otro tenedor, por favor». Menuda paciencia tiene el pobre. Y otra carrera de infarto hacia el dichoso buzón. Ahora no podía fallar, si vergonzoso era que la vecina se encontrase mis llaves en su buzón, imagínense si le sumamos un tenedor... Tenía que hacerme con las llaves como fuese, así que limpié el tenedor

concienzudamente con el pañuelo por si tenía restos de grasa —no fuese a pasar la de marras—, lo sujeté con fuerza entre el dedo índice y corazón, metí los cuatro dedos de mi mano derecha —todos menos el pulgar— en el buzón y me puse de nuevo a la caza y captura. Una y otra vez las rozaba, las movía de lugar, pero no había medios de ensartar la escurridiza arandela que las sujetaba unidas. «Manuel, solo es cuestión de paciencia», me repetía para atemperarme, pero la verdad es que me daban ganas de dejarme de tanta maña y poner el infranqueable buzón patas arriba; sí, ya me estaba rondando la idea de descargar sobre él toda mi cólera, cuando oí como se abría la puerta del portal. Joder, lo que me hacía falta, ser sorprendido in vivo, in acto, in fraganti, in situ, in medias res y todos los "in" que uno quiera poner, o lo que es lo mismo, con las manos en la masa, que en este caso era asaltando el buzón de una vecina modelo armado con un tenedor. Los nervios se apoderaron de mí hasta el punto que quise sacar los dedos con tal prontitud que me dejé atrás no sólo el tenedor, que ya era de suponer, sino también una pequeña sortija que llevo en el dedo meñique —se me quedó pequeña tiempo atrás—, que mi madre me había regalado cuando aún era un mozalbete, y que se empeñaba en que luciera, fuese en el dedo que fuera, arguyendo que una mano sin aderezo es una mano desamparada. Como digo, andaba yo ya por entonces que me iba a dar un jamacuco cuando una viejecita de esas de caminar lento, a causa de la huella indeleble que el paso del tiempo deja en las articulaciones, entró en el portal cargada de bolsas de la compra.

—Buenos días Manuel —dijo muy dulcemente.

—Buenos días, Doña Juana —contesté, simulando que miraba mi buzón para hacer un poco de tiempo, pero la viejecita, un encanto, por otra parte, iba lentísima.

—Ya de paso voy a ver si tengo correspondencia, luego me cuesta mucho trabajo bajar otra vez —dijo.

La madre que la parió, pensé, y perdónenme el pensamiento, pero tenéis que comprender mi desesperación. «Sé que debería ayudarla con las bolsas, que debería subírselas hasta su piso pero no estoy yo para perder el tiempo. Sé también, que va a pensar que soy un maleducado, claro, no se hace una idea del trance que estoy pasando, no, ella tan ricamente, como si nada, ajena a toda una problemática que va a dar con mi cuerpo en tierra... Y mientras yo finjo que miro mi buzón, Doña Juana que sigue con lo suyo erre que erre, ajena a mi complicada situación. Cómo se puede ser tan lenta, y encima está metiendo la llave que no es... ¿Cuánto tardará en encontrar la buena? Lo que me faltaba, ahora aparece Don Custodio, octogenario vecino mío de puerta de enfrente, charlatán hasta lo indecible, maestro de parsimonias y, consecuentemente, jefe de los tardos, haciendo gala de una educación que yo no tengo... ».

—¿Necesita ayuda, Doña Juana? —le dice, muy cortésmente.

—Muchas gracias, pero no se moleste.

—Si no es molestia —añade Don Custodio.

—No se moleste, de verdad, que lo voy a entretener.

—Si tengo todo el tiempo del mundo, sólo venía a ver el correo —contestó el anciano aferrado a su altruista generosidad.

Ante semejante situación decidí que lo que no podía perder era el empleo, así que dejé a Doña Juana y a Don Custodio con su velocidad meteórica y me fui al

trabajo con la mía, pero ni que decir tiene que a mitad de camino me quedé sin gasolina, lo cual también tiene su justificación. Los mismos nervios que me invadían me hacían repasar mentalmente todos los errores cometidos. No quería pensar, pero no podía evitarlo, se me venían todas las imágenes a la cabeza, así que me despisté y, como comprenderán, dejé atrás la única gasolinera que me pillaba de paso, y fue el ruido del motor ahogándose lo que me devolvió sin escrúpulos a una realidad también sin escrúpulos. Mi situación era extrema, a buen seguro que de ésta perdería el empleo, y yo ya no era dueño de mi persona, los nervios se habían apoderado de mí y, como de costumbre, las náuseas habían hecho acto de presencia. La verdad es que la cosa no era para menos, no sólo me jugaba mi única fuente de ingresos sino también mi imagen, no la que tuviese el chupatintas de Fabián —que a buen seguro le faltaría tiempo para decirme que si después de toda la noche de juerga qué iba a esperar sino vomiteras y malas caras, y que ésta no era forma de ir al trabajo, más el abaniqueo del colorido calendario ante mis narices, prueba irrefutable de mis consuetudinarios retrasos, y un largo etcétera de impertinencias y malos modos que habría de soportar—, sino la más importante, la que tuviese mi amada. Yo queriendo mostrarme vecino ejemplar durante meses y en cinco minutos todo el esfuerzo tirado por la borda. Sudé hasta llegar a la gasolinera más cercana y allí solucioné dos problemas. Primero, aliviar mi malestar estomacal, y luego repostar el combustible.

Ya en mi puesto de trabajo y un poco más tranquilo llamé a Juanchu para que por favor me ayudase en la misión de recuperar las llaves, él siempre se ha tenido por un manitas. «Pero si no estoy en la ciudad, se me había olvidado avisarte de que no podía ir a lo de la luz». Al escuchar aquellas palabras me entró tal cosa en el cuerpo que no sé cómo pude contener la ira... «Lo mato. Todo por su culpa. Y ya de

matar a Juanchu mato a Fabián que es más culpable, no nos olvidemos que hace que mi vida sea una prisa, y la prisa hace que me aturulle, y mi aturullamiento hace que todo en mí sea un desastre, aunque tampoco debemos olvidarnos de Pepe, el de la cafetería, que vaya mierda de tenedores guarros y pringosos me prestó, que se escurren como el cebo, de ahí que se me cayeran y no pudiera atrapar las llaves».

A medida que me fui tranquilizando fui hostigando mis neuronas y escudriñando en mi cerebro para encontrar una excusa que, si no perfecta, al menos me sacara de aquel atolladero y no dejara mi decoro a la altura del betún. «Mire, señorita Irene —sé que se llama así porque así consta en el buzón—, mi amigo Juanchu se confundió de buzón al dejar las llaves después de arreglar mis lámparas, total tan sólo están separados por tres hileras de nada. De la sortija, sí, es mía, hacía tiempo que no sabía nada de ella, quizás mi amigo la encontró, él sabe que es mía, y siguiendo el mismo criterio que con las llaves me la dejó en su buzón, que él pensó que era el mío. Y de lo de los tenedores qué... Pues, de eso sí que no sé nada. Le insinuaré que tal vez sean cosas de los gemelos del tercero, son peor que Zipi y Zape. Claro, eso es, y luego que averigüe...». Al salir del trabajo fui a casa de mis padres a buscar unas llaves de repuesto que siempre tengo allí, no fuese a ser que mi vecina no estuviese en casa y me quedase en la calle tirado que, tal como iba el día, era lo más probable. «¡Ay, Manuel de mi alma, un día vas a perder la cabeza! ¿Seguro que no tomas cosas de esas que luego no sabes lo que haces porque te pones como loco?». Preocupaciones propias de madre.

Llegué al portal de mi bloque y en el buzón de la vecina ya no había ni llaves ni tenedores ni, supuse, sortija alguna. Se precipitaba el final, era inevitable, así que me dije: los malos tragos cuanto antes mejor. «Recuerda, las lámparas... Juanchu... Zipi y Zape...». Llamé a su timbre pero no contestó nadie. Volví a llamar. «Quién

sabe, a lo mejor aún puedo sacar algo positivo de todo este asunto y mi vecina me abre la puerta semidesnuda, recién interrumpida su ducha después de un duro día de trabajo. Ante mis insistentes timbrazos no tiene más remedio que abrirme tapándose apresuradamente con una ridícula toallita, sus pechos casi al descubierto y el pelo empapado chorreándole cuerpo abajo». Di rienda suelta a mi imaginación hasta el punto que casi quemo el timbre, pero nada, no hubo suerte. Iba a tener que subir a casa de la vecina más tarde. «¡Vaya día sin fin! Aunque, pensándolo bien, casi mejor, así me da tiempo a asearme un poco, que después de tanta carrera y tanto sofoco huelo a un sudor reseco, ya estanco de horas. Sí, la ducha que imaginaba dándose mi vecina me la voy a dar yo, pero de agua fría, para resolver de una vez mis problemas de higiene y también los otros, los de mi fiebre, que vaya momentos más inoportunos que escojo yo para excitarme, o a ver si es que estas situaciones me estimulan la libido... ¡Quién sabe!».

Me dirigí a mi piso cuando al llegar al rellano de la puerta respiré un olorcillo que era aceptado por mis sentidos como una bendición caída del cielo. Mi rellano jamás ha olido así de bien, es más, siempre ha olido a orín, sí, a orín de gato, que la vecina de al lado —la hija del sargento que ha ayudado a doña Juana con las bolsas—, tiene dos que huelen a pestes, sobre todo en verano, que los suelta a su libre albedrío y no tienen otro sitio donde hacer sus necesidades que en el rincón que hace el embebido del ascensor, y atufan todo el descansillo de modo que, aunque no sea yo muy curioso que digamos, casi siento alivio al entrar en casa, y hasta abro las ventanas de par en par por si se ha colado el tufo por las rendijas, y maldigo una y otra vez a los malditos gatos y que me perdonen los gatos si me excedo, pero si se tienen animales qué menos que tenerlos como dios manda.

Bueno, volvamos a lo que nos interesa. Decía que estaba a punto de entrar en mi casa y que me iba a pegar una ducha y que mi rellano jamás había olido así de bien y que allí, frente a mí, estaba esa puerta y esa cerradura cuyas llaves tantos quebraderos de cabeza me habían traído, y de las que ahora tenía en mis manos una réplica exacta, las que dejó en casa de mis padres por si acaso, y es que hombre precavido vale por dos. Las manoseé casi con dulzura, con mimo diría yo, quizás como un gesto de añoranza de sus hermanas gemelas, escogí la apropiada, el pasaporte para mi hogar, la introduje en la cerradura y la giré suavemente. La puerta se abrió y el mundo cambió. Allí iluminada por la luz de las velas, estaba mi amada vecina y su inmensa sonrisa. ¡Cuánta belleza junta! No daba crédito al maravilloso espectáculo que los ojos me ofrecían. Por un momento pensé en las palabras que mi madre momentos atrás me había dicho, a ver si tenía razón con eso de los psicotrópicos, pero no podía ser, que yo supiera, no tomaba nada que se lo pareciera, entonces pensé que con tanto lío me había equivocado de piso, pero tampoco podía ser, eran mis llaves, las que dejó en casa de mis padres, además no había luz eléctrica, sin duda era mi piso, y olía de maravilla y sonaba una música preciosa y la cena estaba puesta y los cubiertos sobre la mesa, los cuchillos y los platos eran míos pero los tenedores eran los de la cafetería de la esquina, con el mango de madera oscura y los remaches de latón dorados. Ahora las velitas, ya nada tristes, lo adornaban todo con su romántica iluminación y ella me miraba con una sonrisa que iluminaba su rostro y su mirada o la mía y yo que sé.... Pensé que me estaba volviendo loco y luego pensé que qué guapa y mis ojos seguían deleitándose con todo cuanto veían, tan hermoso, y durante un rato no pensé nada más porque mi cerebro se bloqueó como se bloquea un ordenador cuando de golpe recibe una desmedida información o una información difícilmente asimilable por el

sistema. Y mientras mis ojos me mostraban evidencia tras evidencia que aquella era mi casa y que la que allí estaba era el amor de mis sueños, ella se me acercó y mientras me mostraba el dorso de su mano izquierda —en la que lucía mi sortija que ya era suya—, me plantó un beso, y si la casa olía bien ella olía mejor todavía, y mi cerebro otra vez atollado, que ni para atrás ni para adelante... El beso de mis sueños, el que llevaba esperando toda la vida. «Jamás han pretendido mi amor de manera tan original ni me han invitado a cenar de manera tan insólita», dijo con seráfica voz, más propia del canto de una sirena que de criatura mortal.

Y ni qué decir tiene que lo mejor de todo sucedió a continuación, que es lo más interesante de la historia, pero como me entretenga en contarlo esta vez Fabián sí que me mata, que es la hora de ir al curro, que ya me toca otra vez ir desbocado al trabajo, así que lo resumiré diciendo que he tenido que comprar otro casco para la moto y que soy feliz, muy feliz.

*

Ah, se me olvidaba decir que me parece a mí que tanto descansillo tiene truco, que lo que don Custodio hace en realidad es acechar a doña Juana, que siempre se las ingenia para aparecer en el portal cuando ella viene cargada con las bolsas de la compra, entonces va él y se las lleva, porque aunque Doña Juana no quiere, él se empeña y ella termina consintiendo... Luego ella se lo agradece de corazón, le dice que qué oportuno, que menos mal que se presentó, y entonces lo invita a tomar el té o unos pastelillos...

*

En fin, que la moraleja de todo esto es que hay tantas formas de decir lo que no se dice, que por no decirlo como es corriente en ocasiones se sobreentiende lo que decir no se pretende, o quizás sí...